LA BUENA NUEVA

REVISTA POPULAR CATÓLICA

RELIGION, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Director: ABDON DE PAZ

Año II. | Madrid 10 Febrero 1874. | Núm. 9.

SUMARIO

Dios, por Abdon de Paz. — *Teatro francés*, por Leopoldo Augusto de Cueto. — *Misterio humano*, poesía de Calderon. — *Amor*, por Josefa Estévez de G. del Canto. — *La mujer de don Abramitas*, por Abdon de Paz. — *Pensamientos*. — *Miscelánea*.

DIOS

Existe Dios? Mi razon, imparcial, desinteresada, agena á todo género de preocupaciones, me contesta afirmativamente.

Mas suponiendo que mi razon se hallase extraviada, ¿podria estarlo la de la humanidad al adorar en todos tiempos y lugares á un Sér Omnipotente, Hacedor de cuanto ha sido creado? Cerca de dos mil años hace que un gentil, la perla de la elocuencia romana, el ilustre Ciceron, dijo que «no hay pueblo, por estúpido y fiero que sea, que, aun cuando ignore qué Dios deba adorar, no adore á alguno:» *nulla gens est, neque tam bárbara, neque tam fœra, quæ etiamsi ignòret qualem deum habere debeat, tamen habendum nesciat.* El hombre, esclavo, siervo, colono, propietario, patriarca, sacerdote, juez, rey, dictador, presidente; en su estado salvaje, cazador, pastor, agricultor, industrial, comerciante, conquistador, legislador, político, científico; en el campo como en la choza, en la choza como en el aduar, en el aduar como en la aldea, en la aldea como en la villa, en la villa como en la ciudad, y en la ciudad como en la nacion; en India y en Egipto, en Persia y en Fenicia, en Grecia, en Roma, en la Germania, en toda la redondez del orbe, ha reconocido por siempre el principio de la Divinidad. Y sabido es, como juiciosamente observó el citado orador republicano, que «el asentimiento de todas las gentes acerca de alguna cosa, debe considerarse como ley de la naturaleza:» *consensus omnium gentium de aliqua re, lex naturæ putanda est.*

Pero, dado caso que desde el principio hasta el presente la humanidad se hubiera equivocado, ¿se habria equivocado tambien la naturaleza, á pesar de sus leyes eternas é inmutables? Semejante suposicion seria de todo punto inconcebible. El cielo en sus nubes, la tierra en sus montañas, el mar en sus olas, el volcan en su lava, la primavera en sus flores, en sus espigas el estío, en sus racimos el otoño, el invierno en sus nieves, la noche en sus tinieblas, el dia en sus resplandores, el trueno en su estampido, el rayo en su fulgor, el ave, el pez, el reptil, la vida, la muerte, nuestro cuerpo, nuestra alma, el tiempo, el vacío, la eternidad, la inmensidad, todo, absolutamente todo, está probándonos la existencia de una *Causa causarum*, de un Hacedor, bajo cuya mano gira el mundo.

Dios existe. Quiero dudar y no puedo; quiero negar la existencia divina y no hallo base en qué fundar mi negacion.

¿En qué punto de apoyo se sustenta esta máquina sobrehumana, cuyas ruedas veo girar arriba y abajo, de frente y á los lados, fuera de mí y dentro de mí? ¿Quién ha formado todo esto, que admiran mis sentidos y mi cerebro apénas acierta á comprender? ¿Quizás el caos, como supuso ya Epicuro? El sentido comun rechaza tal ensueño. Acaso la materia? La ciencia ha demostrado hasta la saciedad que la materia, por sí, ni ha creado, ni puede crear nada. Como observó hace veinte siglos Ovidio, la materia no hace otra cosa que cambiar de forma, modificarse; por eso se dice que una cosa nace cuando empieza á ser lo que no era, y muere cuando deja de ser lo que era. Y quién ha inventado la materia? ¿De dónde han salido los cuerpos simples? ¿Por ventura los ha dado sér en maravillosa retorta algun trasnochado nigromante? ¿La facultad de pensar, la conciencia de nuestras acciones, el sentimiento intuitivo de la Divinidad, han sido producto del cloro, del fluor, del nitrógeno ó de algun otro cuerpo volátil? ¿Tal vez son el resultado de nuestro organismo, de la particular colocacion de nuestros huesos? Pero ¿de cuándo acá un hueso es fuente del espíritu?

Incrédulo, que niegas á Dios, ven aquí, siéntate á mi lado y disipa la duda en que has querido sumir mi inteligencia. Como tú, voy en busca de la verdad; no invoco la revelacion en mi apoyo; ni siquiera te cito la frase de Bacon de que «nadie niega que hay Dios á no ser el que por sus maldades está interesado en que no le haya,» ni aquella otra de Voltaire de que «si Dios no existiera, seria preciso inventarle;»

© Biblioteca Nacional de España

soy racionalista, y racionalmente deseo que me expliques la afirmacion de la negacion que te has atrevido á lanzar de tus lábios.

Ah! Te ries de mis *preocupaciones*; me llamas ignorante, y en tono altanero me contestas que el ateismo es la ciencia, que el ateismo es el progreso. Muy bien. Tu autocrático modo de discutir no entibiará mis ideas de tolerancia.

Como ha dicho muy oportunamente un ilustre orador sagrado, todo progreso debe partir de alguna cosa para llegar á otra. ¿De dónde parte y adónde va el progreso por el ateismo? Parte de la ruina de todas las religiones, de los despojos de todas las creencias, para llegar... á dónde? ¿Al progreso moral por la negacion de toda virtud? ¿Al progreso material por la ley del fuerte sobre el débil? ¿Al progreso social por la conversion de la autoridad en despotismo y de la libertad en licencia? ¿Al progreso económico por la adoracion de la materia? ¿Al progreso filosófico por la propaganda de la nada? ¿Al progreso artístico por la muerte de lo ideal, que es la atonía del génio? ¿O acaso será al progreso científico, al *non plus ultrà* del saber humano, por medio de la chistosa genealogía, encargada de probar nuestra descendencia del mono?

Por qué callas? Porque no sabes qué responderme. Y si no sabes, por qué afirmas?

Incrédulo, que cuando revoluciones como la de 1793 te elevan al poder proclamas un dia la caida de Dios y al siguiente, horrorizado de tu propia obra, decretas con Robespierre su reconocimiento y la inmortalidad del alma; angel caido á la manera de Lucifer, condenado á difundir por todas partes las tinieblas, por qué callas? Porque no sabes qué responderme. Y si no sabes ¿por qué afirmas, ó mejor dicho, por qué niegas?

Desventurado! Tu humillacion debiera ruborizarte. No te maldigo; te compadezco. ¿No he de compadecerte, cuando mi razon despreocupada, la humanidad, la naturaleza, el sentido comun, la ciencia y el progreso están proclamando á voz en grito la grandeza del Omnipotente, á la vez que tu orgullo de Satanás y tu pequeñez, insignificancia y raquitismo?

¿Quién como Dios ha de ser nuestro númen, nuestro consuelo, la brújula que acertadamente nos guie en las tempestades de la vida? Dios flota en el éter; el hombre flota en la materia, teniendo por norte el espíritu, cual Dios eterno é infinito. El dia en que por nuestras virtudes nos asemejemos á Dios, como una copia bien hecha á un cuadro original, habremos realizado nuestro ideal sobre la tierra.

Criatura formada á imágen de tu Criador! Si sufres, si eres desgraciada en esta vida, ¿preferirás la bala de un rewólver á la esperanza de Aquel, que recompensará tus sufrimientos con una gloria inconmensurable y sin fin? ¿Podrá satisfacerte un mundo, erial donde no nace una ilusion, desierto donde no brota una esperanza, producto de la casualidad, sin proteccion para la virtud, ni freno para el vicio, ni otras leyes que las de la materia y el acaso? ¿Vivirás feliz al mirarte juguete de una suerte tan inexorable como loca, sin otro consuelo que el de enterrar contigo en el polvo de la nada, debajo de la amarillenta flor que ha de servirte de sudario, amor, gloria, renombre, tus ambiciones más santas y sueños más queridos?

Débil gusano de la tierra! ¿Nada te prueba el arrepentimiento de la mayor parte de los ateos en la hora de la muerte, en aquellos instantes supremos en que el sol de la verdad irradia sus últimos y más brillantes destellos en el cielo de la inteligencia? Oh! No des más tiempo albergue en tu pecho á la ingratitud, pasion de los ángeles malditos; despierta del letargo en que yaces; abandona el mundo de insensatas preocupaciones en que vives; abre los ojos y verás; abre los oidos y oirás el lenguaje de tu pensamiento, el grito de tu propia conciencia, que Jehová te concedió para diferenciarte del cuadrúpedo y para que, reconocido y sumiso, inclinaras con humildad la frente ante Aquel, que ha sido, es y será por siempre la belleza en el arte, la sabiduría en la ciencia, la omnipotencia en la voluntad, el órden en el caos, la luz en las tinieblas, la vida en la nada, un océano sin playas, un abismo sin fin, la eternidad en el tiempo, la inmensidad en el espacio.

ABDON DE PAZ.

TEATRO FRANCES

La significacion moral del teatro frances en la época de su verdadero explendor, es no solo de muy alta ley, sino además la expresion de una cultura extremadamente noble y atildada. Corneille carece de sensibilidad verdadera. La rigidez del carácter romano, que tanto se complacia en pintar, pasa á sus heroinas, que obran y discurren, no como mujeres, sino como hombres astutos y ambiciosos. Pero tiene una elevacion y una grandeza incomparables. En las tragedias *El Cid, Cinna, Polyeuctis, Horacio, Pompeyo, Rodoguna*, hay escenas verdaderamente sublimes, y caractéres que traen á la memoria la ideal elevacion del teatro griego. Racine, aunque encadenado por el artificio de las doctrinas de Aristóteles, no muy bien comprendidas y aplicadas, acierta á pintar afectos con naturalidad y viveza, y se connaturaliza de tal manera con la magestad y la elegancia del estilo trágico, que se atreve á decir las cosas más íntimas y prosáicas, sin descender del pedestal encumbrado en que se coloca irrevocablemente por respeto á la escuela clásica. Junia, por ejemplo, es bárbaramente arrancada del lecho y conducida de

© Biblioteca Nacional de España

noche, entre soldados, en paños menores, al palacio de Neron. Este se enamora repentinamente de ella al verla con tan sencillo arreo. Racine no se arredra del carácter, en verdad poco clásico, de esta circunstancia familiar, y la refiere con la fácil elegancia en que nadie le ha igualado:

Belle, sans ornement, dans le simple appareil
D'une beauté qu'on vient d'arracher au sommeil.

Este hábil circunloquio salva lo escabroso y trivial de la anécdota. Todo puede decirlo quien sabe así respetar las leyes del decoro escénico. Los críticos de la reaccion romántica se han encarnizado, y no sin causa si se atiende á los principios teóricos absolutos, contra las infinitas impropiedades del teatro llamado clásico del siglo de Luis XIV. Razon tenian sin duda cuando hacian notar la extraña contradiccion que hay entre el lenguaje nimiamente delicado, elegante y cortés de la *Ifigenia* de Racine, y la barbarie de una época en que existian sacrificios humanos. Tambien con razon se burlaron hasta los clásicos, dentro todavía del siglo XVIII, de la ridícula impropiedad del traje y continente de los actores. Cinna se presentaba en la escena con peluca de bucles, Neron con chorrera, Andrómaca con tontillo, y Augusto con sombrero de plumas. Tal es el imperio de los requisitos convencionales de cada época en el teatro.

Molière, usando sin medida de la libertad del poeta cómico en sus imitaciones de las farsas italianas, y ménos contenido, por consiguiente, que los grandes trágicos en los límites del decoro escénico, fué más adelante, maduro ya su elevado talento dramático, un modelo acabado de espíritu observador, de intencion filosófica, de sal ática, de lenguaje urbano.

No animaba á la escena francesa del tiempo de Luis XIV el espíritu libre y popular de los teatros de Grecia, de España y de Inglaterra: era un teatro esencialmente pulido y cortesano. La parte que en él tomaba el impulso social era la elegancia y el refinamiento de formas de las clases aristocráticas, que se hizo simpático y general en la nacion francesa, ménos espontánea que otras en la creacion artística y literaria, y aficionada, por lo mismo, á formas exquisitas y atildadas. El teatro francés tomó un camino, estrecho y embarazoso, que ponia en prensa al ingenio y obligaba á cierta falsedad de situacion y de lenguaje, con sus exageradas unidades, con su espíritu constantemente encopetado y ceremonioso y con su infecunda ley de la imitacion. Pero no por eso deja de tener alto sentido moral y nacional: el de la cultura en ideas, en formas y en palabras; cultura que es uno de los caractéres más determinados de la índole peculiar de las costumbres en los tiempos modernos. En este punto de vista, el teatro clásico francés tiene carácter propio, y representa un aspecto importante de la civilizacion europea.

Trastornado despues el mundo moral con las ideas innovadoras del siglo XVIII, pronto se quebrantaron los principios y las influencias que prepondera-ban en el siglo de Luis XIV: creencias, hábitos, clasificacion social, todo se alteró, y el espíritu moral del teatro torció sus antiguas tendencias. Voltaire, cuyo talento dramático es incontestable, singularmente en la pintura de las pasiones, es el testimonio más visible de este violento y casi repentino cambio. Su estilo es ingenioso y brillante, pero se trasluce demasiado el artificio: no es ni la magestuosa serenidad de Racine, ni la vehemente entereza de Corneille. Las tragedias *Olimpia*, *El Fanatismo*, *Mahoma*, *Edipo*, *Alzira* y *Los Guebros*, están en su mayor parte inspiradas por las aviesas tendencias del incrédulo, que aspira, ántes que á producir nobles ó tiernas emociones, á ejercer accion política en la opinion. Los principios conservadores del órden social, la religion revelada, el sacerdocio, los patriarcas, los profetas, las Sagradas Escrituras, todo lo que constituye los principios históricos y los prestigios de la fé, está escarnecido ó solapadamente atacado con tan mal intencionadas como trasparentes alusiones.

El estrecho campo de un artículo para tan ámplia materia como la que en este momento nos ocupa, me impide juzgar como merece el sentido del teatro aleman, hermanado con la filosofía idealista, creacion casi de nuestros dias, pero creacion verdadera y luminosa. Diré únicamente que á mediados del siglo último, cuando la escuela doctrinal pseudo-clásica encarrilaba por estrecha senda las letras españolas, Lessing en Alemania, solo, sin precursores que le abriesen camino, contra viento y marea de los críticos alemanes de su época, y con un ímpetu y un arrojo que solo cabe en quien representa el impulso de una nacion entera, rompia las cadenas de la imitacion francesa, que allí lo avasallaba todo, y daba al teatro *Minna de Barnhelm*, *Emilia Galotti* y *Nathan*, primeros dramas escritos con espíritu exclusivamente aleman. Del fecundo campo que él sembraba, brotaron en breve dos grandes poetas dramáticos nacionales, Shiller y Goëthe. Ambos, el primero ardoroso y apasionado, indiferente á la verdad histórica, dominado por las preocupaciones de su tiempo, pero en alto grado elocuente y conmovedor; el segundo, ya llevando al teatro con asombrosa originalidad ideas filosóficas trascendentales, ya haciéndose eco del espíritu popular y de las tradiciones germánicas, crearon repentinamente un teatro de vigoroso y nacional impulso, que ocupa un lugar altísimo en los anales de la literatura dramática.

¡Cuán diferente espíritu prepondera en el teatro

© Biblioteca Nacional de España

frances de nuestro tiempo, que ya en traducciones, ya en imitaciones, da por desgracia pábulo á la escena española! Como si no bastasen á alimentar el interés dramático los sentimientos nobles, los ímpetus sinceros del alma, las pasiones ardientes y descaminadas, pero hijas de elevados impulsos morales, ó como si el arte hubiese agotado el manantial inagotable de las ideas eternamente verdaderas y de los sentimientos fundamentales del corazon humano, la poesía dramática contemporánea se afana lamentablemente por buscar, como nudo y esencia del pensamiento de la fábula, sentimientos falsos, móviles vergonzosos, pasiones monstruosas, que en realidad no son pasiones verdaderas, sino sofismas morales de una sociedad gastada y corrompida.

Innumerables ejemplos podria presentar. Me limitaré á citar uno de ellos, el más reciente: *Paul Forestier*, drama de un escritor famoso, que ha sido á un tiempo embeleso del público y escándalo de la crítica. No hay en él ni caractéres verdaderos, ni situaciones verosímiles, y en cuanto á sentimientos, todos son falsos y artificiales, ó, mejor dicho, no son sentimientos, son extravíos pasajeros y contradictorios, indignos de ser tomados por base del pensamiento moral de una obra dramática. Amor que no es amor, celos que no son celos, la intervencion de un padre que se expone á justas reconvenciones de su hijo, porque para corregir á este no obra como indulgente ó severo, sino como engañoso y taimado, y, sobre todo esto, móviles esenciales de la trama de tan torpe y cínica naturaleza, que no me atrevo ahora á expresarlos, porque no hallo en verdad palabras con que darlos á entender. Emilio Augier, del mismo modo que otros autores que le han precedido en tan escabroso camino, conoce á su público, sabe el hechizo que en él producen la habilidad de la forma, las galas del lenguaje y las seducciones del estilo, áun en las más falsas y violentas situaciones, confia en el poder fascinador que ejercen admirables actores, y se burla de lo demás.

¡Cuánto ha andado el teatro francés en la pendiente de la decadencia moral en los últimos treinta años! No hablaré de Scribe, que, fuera de su portentoso instinto del enredo dramático y del movimiento escénico, poseia en alto grado el primero de los dones de un autor cómico, esto es, el de encontrar el lado irrisorio y festivo de los vicios sociales contemporáneos, por más triste, prosáica ó dramática que sea su esencia. Él supo arrancar la risa de las conspiraciones, de los motines, del pandillaje político, de la ambicion á la moderna, y de otros extravíos trascendentales de las ideas y mal encaminadas costumbres de nuestro tiempo, que por lo comun arrancan lágrimas. Me limitaré á citar las dos lumbreras principales del teatro romántico francés: Víctor Hugo y Alejandro Dumas. Movidos ambos por su ambiciosa fantasía y por el ímpetu de la nueva doctrina, de que eran fervorosos apóstoles, trastornaron, no sin fruto y sin gloria, las creencias y los dogmas literarios que habian sido por tanto tiempo reglas sagradas de las letras, no solo en Francia, sino en Europa entera. El mundo moral, que trasladaban al teatro, no era por cierto el mundo real, con las pasiones, los lances y los sentimientos comunes de la vida humana. Era el mundo de su imaginacion, que á todo trance buscaba lo grande y lo extraordinario, áun á costa de la verdad. Afectos, acontecimientos, caractéres históricos, cuadros de la sociedad contemporánea; todo lo trazaban con pincel temerario, todo lo extremaban, frisando siempre en la paradoja, achaque inevitable de aquellos que tienen por rastreras é insulsas las realidades de la vida. Pero, no hay que olvidarlo, esos trastornadores de la escena francesa, esos creadores de un mundo moral imaginario, no pocas veces monstruoso, jamás envilecieron el arte, jamás hicieron descender los sentimientos del alma humana al ínfimo nivel á que los ha traido la escuela cínica de la era presente.

Hoy reina el *realismo*, el cual, con pretexto de buscar la verdad sin galas ni atavíos, todo lo amengua y lo empobrece, y, lo que es más, se aparta á menudo de la verdad misma, que ni siempre se presenta al mundo indigente y desnuda, ni así satisface las necesidades morales y artísticas de las naciones civilizadas. Víctor Hugo y Alejando Dumas ofrecen á veces á los espectadores personajes dramáticos de abyecta condicion, y en pugna abierta con la sociedad, á causa de sus crímenes ó sus extrañas desventuras; pero, para hacerlos simpáticos y formar contrastes de carácter dramático, los suponen al propio tiempo, ora dotados de prendas singulares, ora enardecidos por nobles y acendrados afectos; los hacen además mártires de sus extravíos, y así atenúan la odiosidad de sus dolencias morales.

Suelen ser estos personajes séres imposibles en la vida real, pero están creados por ideales impulsos y por vuelos fantásticos de elevada intencion. Nunca toman ruin y prosáico carácter, ni son, merced á su índole de leyenda, rastrera imágen y dañosa leccion para las costumbres.

Llana tarea seria demostrar, por medio de un exámen comparativo, la diferencia fundamental que hay entre caractéres, al parecer análogos, del teatro de los escritores románticos franceses y del de los que en los últimos años han abusado, contra la moral y contra el decoro de la escena, de la libertad literaria que aquellos románticos cimentaron con más sana intencion y más encumbrados propósitos. Creo, sin embargo, oportuno llamar la atencion, por vía de ejemplo, sobre el carácter degenerado que toma en

© Biblioteca Nacional de España

manos de los novísimos autores dramáticos un tipo falso y poco plausible en sí mismo, pero que, habiendo nacido ideal en la lira de Víctor Hugo, ha sido convertido en un carácter vulgar y escandaloso por la musa audaz y descarada, que reina hoy dia donde reinaba, celosa de su dignidad y de su gloria, la noble musa de Corneille y de Racine.

El tipo á que aludo es el de la mujer pervertida, transformada é idealizada por una pasion verdadera. Esta idea, que se ha llamado despues, con más ó ménos propiedad, *la redencion por medio del amor*, y se ha explotado tantas veces y en tan diferentes formas, no nació en Víctor Hugo, sino de su impetuoso instinto dramático, que le llevaba, por la índole genial de su númen, á buscar las dificultades y los contrastes. Escabroso era, bajo todos aspectos, el intento del gran poeta. Quiere convertir dos prostitutas, Tisbe y Marion Delorme, como purificadas por la divina llama del amor verdadero, en dos grandes caractéres. El desinterés, la abnegacion, la ternura en su acepcion más delicada, todas aquellas prendas que no pueden concebirse en almas gastadas y en séres degradados, son cabalmente las que Víctor Hugo prodiga á manos llenas á aquellas mujeres desventuradas. Hay que apelar á la posibilidad de un fenómeno para admitir semejantes aberraciones morales. Pero, sea como quiera, Víctor Hugo no atribuye ventaja ni atractivo alguno á mujeres perdidas, como ahora suele hacerse, por la situacion vergonzosa en que las han colocado los vicios; ántes bien las pone en pugna constante con los elementos sociales, puros y elevados, que ya no pueden re obrar. Incapaces de inspirar ternura ideal, que es la fuente del amor verdadero, y confianza, que es su más noble y duradero fundamento, nunca alcanzan los deleites purísimos del amor casto y sereno, que seria para ellas inmerecido galardon. Nunca estimadas del hombre que llegan á amar de veras, son mártires de su pasion, y esos mismos inesperados sentimientos, que redimen su alma, se convierten en su enseñanza y en su verdugo. Recordad á Tisbe, sublime emblema del amor, que despues de agotar las amargas angustias del desden y de los celos, recibe, gozosa, la muerte de manos del hombre que adora, y le entrega su rival con abnegacion sobrehumana.

Ni Marion Delorme ni Tisbe son figuras del mundo real. Solo viven en los espacios de la imaginacion. Pero en ellos tienen, en medio de su extraña índole, su encanto y su grandeza. Su verdadera significacion moral no es perniciosa á la sociedad, y el arte no puede en rigor rechazar esas creaciones fantásticas, que abren campo á la pintura de grandes sentimientos.

Ved ahora el sentido moral de *la redencion por el amor* en manos de la flamante escuela. La *Dame aux Camélias* es como el prototipo de esa cáfila de cortesanas sentimentales que inundan la novela, el drama, la ópera. Todos conoceis ese repugnante cuadro de la prostitucion glorificada, en que la mujer pervertida vive en mansiones explendorosas, amada con amor profundo, y hasta trata de igual á igual, y rodeada de miramientos, con los padres de su amante, porque degradar la dignidad paternal es una de las innovaciones peregrinas del actual teatro. A la *Señora de las Camélias*, á la *Traviata* (dadle cualquiera de los mil nombres que ahora tiene), no acarrean sinsabores su mal vivir ni su insolente amor. No parece sino que su situacion odiosa es su hechizo principal y su atraccion más poderosa. Pero es forzoso llamar hácia ella la simpatía de las gentes, y como serian inverosímiles sus tormentos morales, hay que hacerla interesante por medio de una dolencia física. La dama mercenaria padece del pecho, arroja sangre por la boca. ¿Cómo no ha de despertar la compasion por este lado quien por ningun otro es capaz de inspirarla? Y cuenta que esto de la tísis, como recurso dramático, se halla en *Dalila*, de un escritor esclarecido, y en otras varias obras modernas.

En otro tiempo se cifraba el interés dramático en las contiendas íntimas y en las amarguras del alma. La fe, la gloria, el entusiasmo, los afectos ardientes, siempre el espíritu, formaba el nudo de la emocion escénica: el interés de la materia parecia indigno de entrar en primer término en la sagrada esfera del arte. ¡Qué habrian pensado Sófocles, Shakspeare, Calderon, Corneille y Goëthe, dioses de lo grande y de lo ideal, de esta literatura de tísicos y de prostitutas!

Se dice que estas son las tendencias de la época en que vivimos, y que en las letras y en las artes debe reflejarse siempre la sociedad que las inspira y alimenta. Esto es indudable en cuanto se refiere al gusto, á la belleza, á la emocion estética, que es el alma del movimiento artístico y literario. Pero tal observacion, que, más que un principio crítico, es un hecho, no ha de convertirse malamente en un dogma pernicioso á la sociedad y á las letras mismas. El escritor no se exime nunca, por vigorosa que sea la originalidad de su ingenio, de ciertas influencias dominantes en su tiempo y en su país; mas no por eso ha de encadenar su conciencia, entrando á ciegas con servil propósito en la esfera de la depravacion moral. El ingenio tiene, como el corazon, su espontaneidad, su nobleza, su libre albedrío. No puede transigir cuando se trata de las verdades santas del cielo y de la tierra. Si se hace cómplice de los vicios mundanos, envilece á las letras, tuerce su rumbo natural, mata su gloria y su belleza, profana su mision moral. El autor dramático que entra en tan triste camino, léjos de ser, como debe, un

© Biblioteca Nacional de España

apóstol de la verdadera civilizacion, de aquella que engrandece y acrisola, se convierte en un instrumento de corrupcion y de barbarie.

¿Y pueden estos repugnantes cuadros de vicios y extravagancias morales, en que están desquiciados los fundamentos de la conciencia y desnaturalizados los impulsos del corazon, constituir el noble deleite que busca en el teatro toda nacion culta é ilustrada? El teatro, como la novela, como la prensa, como todos los medios de propagar ideas y de mover los ánimos de una manera pública y general, es el árbol del mal y del bien, segun el sentido moral que en sí lleva; y de aquí nace la grave responsabilidad que pesa en esta parte sobre los escritores laxos ó indiferentes, y sobre la administracion misma, que, temerosa de poner estorbo en lo más mínimo á legítimas libertades, peca, por lo comun, en toda Europa, de sobrado tolerante en lo que toca al sentido moral del teatro.

Calumnian á la actual sociedad los que, presentándola como á Segor ó á Sibaris, ó á cualquiera otra de aquellas ciudades que son emblemas tradicionales de una corrupcion irremediable y absoluta, echan sobre ella toda la culpa de la prostitucion del teatro. La culpa es recíproca, como lo es tambien la accion moral. El bien y el mal andan siempre revueltos en el mundo, y es deber imperioso, así como noble privilegio de las sociedades verdaderamente civilizadas, poner estorbo al mal y abrir al bien francos caminos. Aunque la perversion fuese universal, y hubiese en el Estado una sola familia perfectamente pura y preservada del contagio inmoral, esa sola familia tendria derecho á que se respetasen en las diversiones públicas su pureza y su austeridad. Imaginaos una madre que educa solícita á sus hijas en una atmósfera inalterable de recogimiento y de recato, y que, llegada la edad en que pueden y deben participar del movimiento artístico de su tiempo, las lleva al teatro, esperando hallar en él un recreo honesto y civilizador, y da con *La Señora de las Camelias*, con *Paul Forestier*, ó con otro drama cualquiera de los innumerables en que asoma claramente, detrás de primorosas formas artísticas, el más grosero materialismo. ¡Qué repugnante sorpresa! ¡Qué retroceso en la educacion! ¡Qué luz funesta en la santa ignorancia de la inocencia verdadera!

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

MISTERIO HUMANO

(Acto primero de *La vida es sueño*).

Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
ó ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose á la piedad
del nido que deja en calma.
¿Y teniendo yo más alma
tengo ménos libertad?

Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas,
gracias al docto pincel,
cuando atrevido y cruel
la humana necesidad
le enseña á tener crueldad,
mónstruo de su laberinto.
¿Y yo con mejor instinto
tengo ménos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
cuando á todas partes gira
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frio.
¿Y yo con más albedrío,
tengo ménos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas sierpe de plata
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad,
que le da la magestad
del campo abierto á su huida.
¿Y teniendo yo más vida
tengo ménos libertad?

En llegando á esta pasion,
un volcan, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazon.
¿Qué ley, justicia ó razon,
negar á los hombres sabe
privilegio tan süave,
escepcion tan principal,
que Dios ha dado á un cristal,
á un pez, á un bruto y á un ave?

CALDERON.

AMOR

—«¡Feliz la que, si tierna supo amar,
sabe orgullosa y fiera aborrecer,
y, constante en querer como en odiar,
el ídolo que amó puede romper!»

Así cantaba una zagala bella,
sentada al pié de un álamo frondoso;
y yo, pulsando el plectro melodioso,
contesté de la triste á la querella:

—«¡Feliz la que, constante en su querer,
ni puede aborrecer ni sabe odiar;
y, mártir de su amor y su deber,
solo sabe sufrir y perdonar!»

JOSEFA ESTÉVEZ DE G. DEL CANTO.

© Biblioteca Nacional de España

LA MUJER DE DON ABRAMITAS

(Conclusion).

VII.

La catástrofe anunciada no se dejó esperar muchos meses. Una mañana de julio se presentó en casa del marido de Casilda un escribano, seguido de su correspondiente alguacil, y embargó hasta los clavos. Con lo cual escuso decir que no quedó un huésped que no procurára hacer de prisa y corriendo el equipaje, en busca de nuevo domicilio.

Para probar que nunca un mal viene solo, una semana despues apareció otro ejecutor de la ley á notificar á los esposos una providencia judicial, en cumplimiento de la cual debian dejar inmediatamente libre el cuarto.

—Qué desgracia! gritó sollozando Casilda. No tenemos casa que nos cobije, cama en que dormir, ni pan que llevar á nuestros estómagos, ni á los de nuestros hijos. Pobres nenes mios! Pobrecitos! Qué suerte os aguarda! Qué porvenir os espera!

—Calla, mujer, calla. ¿No conoces que me entristeces con tus lamentaciones?

—Sal á ver si hallas quien nos deje una habitacion, siquiera por tres ó cuatro dias, y vuelve en seguida, que son las cinco de la tarde.

—Bonito estoy de ropa para pedir favores.

VIII.

El hijo del sotabanco de la calle del Desengaño no sabia adonde encaminar sus pasos. ¿Adónde ha de ir un hombre sin hogar, sin un céntimo, con el sombrero raido, la levita mugrienta y los dedos de los piés asomando por las puntas de las botas? Si encuentra á alguno de sus llamados amigos, le ve volver los ojos á otra parte; si llama á su puerta, los criados le contestan que ha salido.

Esto precisamente aconteció á don Abramitas.

La santa é incomparable doctrina cristiana nos aconseja que miremos en un pobre á un hermano; pero Satanás, encarnado en nuestro corazon, nos dice que escupamos á aquel hombre, y le escupimos. Un pobre que de nada sirve, es un ente de quien es preciso huir á todo trance, porque la mugre de su ropa mancha, el hedor de su cuerpo inficiona, los ayes de su boca hieren, la presencia de su figura escuálida repugna. En el estado de nuestras costumbres es un crímen de lesa-humanidad que nuestra sociedad se asemeje á una sociedad de lobos. ¡Progreso! Ahí tienes una llaga que debes cauterizar cuanto ántes. La caridad lo exige, la religion lo manda. Miéntras no consigas el exterminio de los salvajes de la civilizacion, no pasarás de ser una palabra vacía de significado, sonora tan solo en caso á los oidos.

IX.

Nuestro hombre, cansado de recorrer medio Madrid inútilmente, se recostó meditabundo en uno de los postes de piedra del atrio de San Ginés. Conocia que la causa principal de su dolorosa situacion era Casilda; pero la queria tanto, que desesperado y todo bendecia su nombre. Casilda era la madre de sus hijos.

Don Abramitas habia venido al mundo para sufrir, para morir martirizado. Si alguna vez le sonreia la fortuna, le sonreia para ocasionarle un sinnúmero de disgustos.

Recostado en el poste de San Ginés, vióle una señora caritativa, uno de esos ángeles benditos que cruzan la tierra haciendo bien á sus semejantes; y la señora le alargó una peseta.

El desventurado cogió la moneda y la besó, no tanto por lo que valia cuanto por la accion bondadosa que para él representaba; mas, ay! de pronto sintió una mano que se abalanzó á su brazo, y una voz que en tono imperativo le decia:

—Véngase usted conmigo.

—Adónde?

—A San Bernardino.

—Yo no estaba pidiendo limosna.

—Y esa peseta que tiene usted en la mano?

—Me la acaban de dar sin pedirla

—Lo mismo se pide limosna implorándola en alta voz, que sigilosamente, presentándose en un sitio público con un traje haraposo como el que usted viste.

Y, por más que suplicó y gimió, fué conducido á la cárcel de los mendigos.

Aún faltaba una prueba más para que aquel hombre, aquel santo, concluyese de perder la paciencia.

X.

Al cabo de veintisiete horas D. Abramitas consiguió á duras penas salir de San Bernardino.

Anochecia el 8 de julio, dia de su cumpleaños, y el infeliz, al evocar aquel recuerdo, suspiró y se sonrió irónicamente al propio tiempo. Habíanse sucedido tantas calamidades sobre él, que su cerebro se hallaba en ese estado álgido, crítico, en que un acontecimiento cualquiera, insignificante, acaba por conducirnos al caos, al abismo, á la locura ó al suicidio.

Al encontrarse el mártir, ya de noche, en la plazuela de las Capuchinas, se paró en medio de ella indeciso de lo que debia hacer.

Una gritería espantosa, que se dejó oir á su espalda, vino á sacarle del estupor, anunciándole que una docena de chiquillos le seguia para atormentarle. Los periódicos, con que por indolencia de su mujer se cosiera los forros de los faldones del levisá, se habian separado de su sitio; y al verlos colgando unos muchachos, habian comenzado á gritar en comandita.

El Diógenes con sombrero de copa se estuvo quie-

© Biblioteca Nacional de España

to; mas cuando vió que los chiquillos se le aproximaban, y que uno le tiraba un pellizco del brazo derecho, otro del izquierdo, otro le levantaba un faldon de la levita y otro le daba un capirotazo en el sombrero; echó á correr para evadirse de ellos por la calle de los Reyes, desembocó en la de San Bernardo, y, entrando por la del Pez, torció á la izquierda por la de Jesus del Valle.

Al llegar á la mitad, no pudiendo dar un paso adelante, hubo de reclinar la frente en la puerta de una casa inmediata. Su naturaleza, débil de por sí, su estómago debilitado por dos dias de ayuno forzoso, tantas circunstancias desagradables como una en pos de otra le habian sobrevenido, y por conclusion la escena salvaje de los chiquillos; todo concluyó por llevarse su último átomo de paciencia.

—Esto no es vivir, gritó encolerizado. ¡Oh, muerte! ¿por qué no vienes en mi ayuda?

Y su peticion no fué desatendida.

—Bau! bau! ladró á corta distancia un perro de presa, cuyos ojos cristalinos, orejas caidas y cola entre las piernas, demostraban á primera vista que llevaba en sus fauces el veneno de la hidrofobia.

D. Abramitas miró sonriente al perro que se aproximaba; y, cogiéndose por ambas manos una pierna, se la acercó al hocico, gritando:

—Muerde ahí!

—Bau! repitió el perro, abalanzándose é hincando sus aguzados dientes en la carne.

—Así! fuerte!

—Bau! bau! bau!

—Sacia bien tu rabia!

Y el animal continuó mordiendo. Y el desesperado, conducido á una casa de socorro, espiró á las siete horas.

XI.

Casilda, que todavía no ha perdido los encantos de la juventud, se ha mudado el nombre por el de Amalia, ha vuelto á vivir con su tia, y en la actualidad es una de las mujeres de historia que pasean por las calles de Madrid. Para el público siempre está contenta; pero interiormente, cuando muestra mayor satisfaccion, el gusanillo de la conciencia no deja de gritarle:

—Tú fuiste la causa de la muerte de tu esposo. Cuál será tu porvenir? Un hospital. Cuál el porvenir de tus pequeñuelos? Tal vez una cárcel, quizás un patíbulo.

Y Casilda llora, no tanto por ella, cuanto por sus hijos.

—Mi marido, suele repetir á quien conoce su historia, solo tuvo una falta, la de ser excesivamente bueno.

Y en cierta ocasion le oyó el que esto escribe lo siguiente:

—La mujer casada tiene deberes muy sagrados que cumplir, particularmente estos dos:—honrar en palabras y acciones á su esposo;—no matarle á disgustos pidiéndole imposibles.

Ojalá los cumplieran todas las casadas! D. Abramitas no hubiera muerto despezado por un perro rabioso, y algunos amargos sinsabores se evitarian otros maridos.

ABDON DE PAZ.

PENSAMIENTOS

No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan: que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no fuesen.

CERVANTES.

Cuando está en alto lugar
un hombre...
¡qué le vienen de visitas
á molestar y á enfadar!
Pero si mudó de estado,
como es la fortuna incierta,
todos huyen de su puerta
como si fuera apestado.

LOPE DE VEGA.

Cada cual ame á su mujer como á sí mismo, y la mujer reverencie á su marido.

SAN PABLO.

...Vino á dar
Dios, que os enseña á vivir,
dos oidos para oir
y una lengua para hablar.

TIRSO DE MOLINA.

Quien no da una profesion á sus hijos les prepara mala vida. No digais: «Soy hombre de posicion; esta ocupacion no me conviene.» El maestro Joanan era peletero, Nahun amanuense, otro Joanan hacía sandalias, y el maestro Judas sabia hacer pan.

TALMUD.

...Los que son más corteses
caballeros, siempre amparan
el honor de las mujeres.

CALDERON.

MISCELÁNEA

A fin de dar en un solo número el notable estudio sobre el *Teatro francés*, suscrito por nuestro distinguido amigo y colaborador Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, retiramos la *Revista general*, cuyo original teníamos dispuesto.

El capitan de un buque inglés ha encontrado un verdadero Robinson Crusoe en la pequeña isla de Bellinghausen, de la cual era el solo habitante. Le habian arrojado allí desde las islas de Polynesia, sin duda para que muriera de hambre. Solo ha vivido con ostras y frutas de los árboles, y, recogido á bordo del buque británico *Elgiva*, ha venido á Liverpool, donde ha empezado á aprender el inglés. Un editor espera poder publicar la curiosa relacion de su existencia salvaje.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet (ántes Yedra), 7.

© Biblioteca Nacional de España